



Primer plano de dos mujeres hondureñas pertenecientes a la etnia garifuna.

## La etnia garifuna

# Del corazón de África a Honduras

Hace más de 200 años que los indígenas de la etnia garifuna se establecieron en la costa norte de Honduras. Allí, donde el mar Caribe baña las playas de arena blanca, los descendientes de aquellos primeros garinagu, olvidados y marginados, luchan por mantener las costumbres y tradiciones heredadas de sus ancestros. Se trata de una desigual batalla contra un progreso que amenaza con hacer desaparecer una cultura única en el mundo. **Texto y fotos: Marta Carreño Guerra**

El 12 de abril de 1797, un navío con bandera británica procedente de la Isla de San Vicente, arribó a las aguas de las Islas de la Bahía, en el actual Caribe hondureño. El destino final del barco era la más grande de las tres insulas: Roatán. La carga que albergaba en su interior no consistía en ricas especias, minerales preciosos o apreciados frutos de la tierra, sino en un molesto producto, que

podría poner en peligro los afanes expansionistas de los ingleses en las Antillas Menores: unos 2.500 indígenas (hombres, mujeres y niños) de la etnia garifuna que, durante enfrentamientos que franceses y británicos mantuvieron por la posesión de terrenos en ultramar, tomaron un significativo partido por los primeros.

No hacía demasiado que los garifunas, o caribes negros, vivían en esas islas. El origen de este grupo étnico tan particular se remonta a 1635, cuando naufragó en aguas de San Vicente un barco cargado con cientos de negros africanos, procedentes de Nigeria, cuyo destino final era ser vendidos como esclavos en los mercados de América. Los nigerianos que tuvieron la suerte de escapar fueron bien acogidos por los indios caribes autóctonos, que habitaban la isla. Con ellos se mezclaron dando origen a los garifunas o caribes negros, que se adaptaron pronto a las costumbres de los indios e incorporaron también a su día a día las de su propia cultura.

## DE CELESTIAL, POCO

Pero, en 1796, tras aplastar una nueva revuelta fomentada por los franceses, cerca de 5.000 garifunas fueron deportados y embarcados hacia un lejano destino. El largo periplo, unido a la falta de víveres y a las enfermedades, dejaron la carga bastante mermada. A Roatán, conocida también como Reino Celestial, llegó, en muy malas condiciones, algo menos de la mitad del pasaje. No hizo falta que transcurriera mucho tiempo para que los caribes negros constataran que la isla, de tan solo 45 kilómetros de largo por menos de 8 kilómetros de ancho, de celestial tenía poco más que el nombre. Las maravillosas playas y la selva interior, apreciado destino turístico a día de hoy, no iban a ser para ellos más que tierras infértiles e inhóspitas, que harían prácticamente imposible su adaptación al terreno antes de la temporada de lluvias. Allí no podrían sobrevivir.

La solución se encontró en los españoles, deseosos de aumentar su fuerza laboral y militar; además de hacerse con el poder en las Islas de la Bahía. El intercambio fue fácil: unos necesitaban abandonar una isla donde la vida no iba a ser nada fácil y los otros se cobraban el favor con mano de obra fuerte y barata. Así, trasladados por los españoles, los garifunas arribaron a Colón, en la costa de Honduras, en mayo de 1797.

Más de 200 años después de su llegada a tierra firme, hay cerca de 300.000 garifunas repartidos en 43 pueblos de Centroamérica y Estados Unidos. Belice, Nicaragua, Guatemala y sobre todo Honduras, que alberga a más de 100.000 caribes negros en su costa Norte, son los países donde esta etnia mantiene aún vivas sus costumbres y tradiciones.

## COSTUMBRES ANCESTRALES

Triunfo de la Cruz, en el municipio de Tela, es uno de esos lugares del caribe hondureño donde se palpa la presencia garifuna en cada rincón. Sea, quizá, por lo particular de su artesanía, fabricada en madera; por lo especial de sus olores; por la tonalidad de unas pieles que no solo deben su brillo y color al sol del Caribe, o por el eco de unos tambores que llenan el aire de sonidos africanos... Un aire que, húmedo y nublado en el pueblo, anuncia lluvia y que, unos kilómetros más allá, donde reside la comunidad garinagu (como les gusta llamarse), huele a pan y a coco; a mandioca y a pescado fresco. Un aire en el que el redoble de los tambores artesanales, fruto de varios días de intenso trabajo, y el replicar de los caracoles invitan a la danza y a la fiesta. Un aire en el que un extraño lenguaje da la bienvenida a los visitantes.

Pero no todo es idílico en este paisaje. Es más, las pequeñas cabañas de paja y madera (algunas, las menos, se construyen ya con hormigón y chapa), las calles sin asfaltar sembradas de flores tropicales, el colorido y la vistosidad de algunas indumentarias y la música constante, que tiñen de África la costa hondureña, esconden, también, mucha miseria y dolor. Tras la música se oculta la pena de las familias desintegradas por la emigración a otros países en busca de un futuro difícil de encontrar en casa. Los vistosos colores encubren la desidia de unos jóvenes que no ven ningún aliciente en mantener sus costumbres ancestrales, declaradas Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO. La vegetación exuberante entierra los esfuerzos de los pescadores por sacar,

con sus pequeñas canoas, los frutos de la mar y el dolor de los enfermos. Mientras, las coloridas telas tiñen la tristeza de unas mujeres, que trabajan sin denuedo, dispuestas "a mejorar para que sus hijos mejoren".

## OLOR A VIDA

Pero si una mujer une su fuerza a la de otras mujeres, poco se les pone por delante. Treinta y dos son ya las que trabajan en la fábrica de pan que les construyó Cáritas Honduras con apoyo de **Manos Unidas**. Treinta y dos jóvenes y ancianas emprendedoras, que dieron un paso de gigante en la lucha contra la pobreza en su comunidad. Tras el pan de coco, que llena el aire de ricos olores, vienen las tabletas, también de coco, la mandioca y otros productos que venden a turistas y establecimientos. Y luego, llegaron los hombres, encabezados por D. Gonzalo, un anciano marino de más de 80 años, que decora a pulso las figuras de madera tan apreciadas en el mercado y que fue el primero que creyó en ellas. Tras él, otros muchos ocupan su tiempo en el taller de artesanía donde se fabrican los tambores que llenan el aire de música y fiesta. Y las batas tradicionales garifunas, que pintan la vida de color. Hasta los más pequeños, contagiados por el ambiente, se esfuerzan por sentir una cultura que algunos se empeñan en dejar morir.

Tallando la madera a golpe de cincel.

